

Una estética de borde: Literatura Antropológica Chilena

An Aesthetics of the Border: Chilean Anthropological Literature

Miguel Alvarado Borgoño

Dirección de Investigación y Postgrado. Universidad Católica Silva Henríquez.
Santiago, Chile.

malvaradob@ucsh.cl

Resumen

En este artículo exploraremos la metalengua de la Literatura Antropológica Chilena, asumida en tanto género textual autónomo que estéticamente integra la literatura y las ciencias sociales. Entenderemos como metalengua aquellos principios estéticos desarrollados por los autores pertenecientes al género antropológico literario, los cuales se encuentran dentro o fuera de los textos producidos por estos escritores, y que evidencian una comunidad de creación y recepción empeñada en dar sentido a su labor desde el delineamiento de sus límites transdisciplinarios. Ello con el fin de identificar en esta elaboración una búsqueda estética original y aún curso.

Palabras clave: Estética de frontera, Literatura Antropológica Chilena, metalengua.

Abstract

In this article we explore the metalanguage of Chilean anthropological literature, as an autonomous genre that aesthetically integrates literature and social sciences. By metalanguage we shall understand the aesthetic principles developed by the authors of said genre, which can be found within or outside of their writings, and that show the existence of a community of creation and reception that insists in making sense of its work by delineating its transdisciplinary borders. All of this in order to identify in this development the ongoing search for an original aesthetics.

Keywords: Aesthetics border, Chilean Anthropological Literature, Metalanguage.

Tardará aún la chiririnka que viene un poco antes de la muerte. Cuando llegue aquí no vamos a oírla, aunque zumbe con toda su fuerza, porque voy a estar bailando

José María Arguedas, *La agonía de Rasu-Ñiti*

Apelación al texto de frontera

Por más experimental que sea una innovación cultural, siempre buscará subvertir el sentido –transformándolo o negándolo–, generando una posibilidad oblicua de constituir y de valorar un sistema de artefactos o ideofactos. En este contexto, comenzaremos diciendo que existen textualidades que desmienten que la innovación científica y la experimentación estética sean en Latinoamérica un reflejo de lo realizado en las metrópolis capitalistas. Pensamos justamente lo contrario: de allí que anteriormente hayamos planteado la existencia de una literatura antropológica (Carrasco y Alvarado). En este artículo analizaremos algunos de sus textos más representativos para descubrir su sentido y autojustificación, los cuales le proporcionan una identidad original. El concepto de Literatura Antropológica Chilena (LACH) es resultado de un proceso que se remonta a más de una década en torno al desarrollo de un programa de investigación en el cual han participado diversos investigadores chilenos: Iván Carrasco, Pilar Valenzuela, Miguel Alvarado y Solange Cárcamo, entre otros.

El reconocimiento de un género textual siempre responde a una avidez por la caracterización: es el intento de reconocer un orden propio de algo que, al menos de manera evidente, no lo posee.¹ Pero si se tratara solo de enmarcar, circunscribir, definir o ubicar, entonces, esta labor sería similar a la de los entomólogos o zoólogos, quienes desde la constitución del Proyecto de la Ilustración edificaron extensas tipologías, que luego cayeron en descrédito por la propia fragilidad de aquellos aspectos accesorios e incluso irrelevantes que fueron considerados a la hora de construir tales clasificaciones. Hablar de literatura antropológica es hoy hablar de los resultados de un programa de investigación que, lejos de dar cuenta del fin de alguna forma de literatura o de antropología, nos remite al comienzo de un canon cuyas regiones perceptiblemente flexibles permiten la ubicación de textos que, o no tenían clasificación, o bien están

1 El corpus a estudiar está conformado por *Balada de un niño y el perro* y *Pueblos de mar*. Relatos etnográficos, de Andrés Recasens; *Crónicas de la otra ciudad*, de Carlos Píña; *Diarios de campo/de viaje*, y *Etnografías Mínimas*, de Daniel Quiroz, ed.; *El umbral roto. Escritos en antropología poética*, de Juan Carlos Olivares; *La revuelta*; *Luna con Menguante. Biografía de una machi* y *La olla deleitosa. Cocinas mestizas en Chile*, de Sonia Montecino; *Karra Maw'n y Huekufe en Nueva York*, de Clemente Riedemann; *Metales pesados y Alto Volta* de Yanko González; *Registro fotográfico y Etnográfico. Fotografía y Poesía. Atácamos del siglo xx*, de Ivonne Valenzuela y Juan Pablo Loo; Valenzuela, Ivonne. *Gracias por el favor concedido. Las Animitas* de Evaristo Montt, Elvira Guillen y Juana Guajardo. Antofagasta: Imprenta Ercilla; *Antropología. Cruzando a través*, de Francisco Gallardo; *De todo el universo entero*, de Claudio Mercado y su informante Luis Galdames; *La Imaginación Araucana*, de Pedro Mege; *Ritos de muerte en la Isla de Lemuy*, de Yuri Jeria, Juan Pablo Riveros, entre otros.

ubicados dentro de géneros textuales que no les hacían justicia, pero con los cuales solo compartían un “aire de familia”.

Es muy común que cuando hemos hablado de literatura antropológica –como antes hablamos de antropología literaria o antropología poética–, se remitan nuestros trabajos investigativos a los esfuerzos desarrollados por la antropología propia de los países de Europa o Norteamérica, caracterizando así a nuestra literatura antropológica como una copia de los arranques formalizados por las antropologías de los países capitalistas culturalmente centrales. Estamos muy lejos de ello. La LACH es un producto original que surge a mediados del siglo xx en América Latina, y que tiene entre sus primeros impulsores a autores como el argentino Néstor García Canclini y el chileno Carlos Munizaga. A su vez, guarda relación con los orígenes mismos de la ciencia antropológica y, por ello, comparte tanto sus virtudes como las limitaciones. También se emparenta con modas intelectuales y con formas de escritura difusas que, por el mismo carácter ambiguo que poseían, permitieron decir lo que no había sido dicho o bien no había sido enunciado de ese modo.

En la formación de los antropólogos chilenos –como también de los especialistas en literatura, historia y filosofía, preocupados de la escritura como producto sociocultural– ha tenido lugar un proceso de descubrimiento, por una parte, de la literatura hispanoamericana y europea, y por otra, de las tradiciones científicas de occidente. Sin duda, el primer regreso en este proceso lo genera el diario íntimo de Bronislaw Malinowski, “Confesiones de ignorancia y fracaso”, publicado de manera póstuma, donde por primera vez este positivista por excelencia –el padre del “estar allí”– deja ver la relatividad de sus afirmaciones cuando, los editores y traductores, como también nosotros sus lectores, comparamos cronológicamente los estados emocionales personales expresados en sus notas íntimas con lo afirmado en sus reflexiones y afirmaciones científicas. De esta manera, los estudiosos de la cultura formados en la segunda mitad del siglo xx en Chile, nos admiramos de su escritura pulcra, sucinta, del mismo modo transparente y no carente de belleza, con la que también testimonió su análisis, y también las diferencias entre los indígenas. Pero esto que, al decir del chileno Pedro Mege, el “espejismo de la pulcritud” resultó ser un modo de enunciación de una diversidad que tenía carencias nunca antes reconocidas, las cuales, de un momento a otro, se hicieron evidentes y se cristalizaron en estas confesiones póstumas –probablemente involuntarias de Malinowski–, no solo gracias la comparación entre el diario de campo y la intimidad del diario personal, sino que también por el carácter colonial propio del funcionalismo malinowskiano, y los efectos concretos que trajo el intento desesperado de simular la praxis de la antropología de los países centrales en el ámbito latinoamericano y chileno. Pareciera que, si el maestro se demostraba falible, sus discípulos norteamericanos quedaban en vilo frente a su deseo de pulcritud.

En este proceso de cuestionamiento e incertidumbre en el contexto de la década de los ochenta, debemos agradecer a los antropólogos poetas (Alvarado, “La Literatura”) la primera posibilidad de abrazar otras formas de antropología. Dicha

antropología siempre estuvo allí desde los aportes del poeta-etnólogo Alfred Metraux, maestro del gran maestro Carlos Munizaga. Con todo, esta escritura no podía ser reconocida si era mirada desde el prisma de la ciencia, y particularmente del positivismo reconvertido en funcionalismo: los antropólogos poetas chilenos son sin duda los felices responsables de hacernos acceder a formas de filosofía y de la literatura francesa que nos abrieron los ojos a otro modo de expresión, a la sorpresa frente a la diversidad. El descubrimiento y redescubrimiento de autores como Michel Leiris, Jean Duvignaud, Georges Bataille, autores asociados al surrealismo, al marxismo, al materialismo místico, al cabalismo y al estructuralismo. Puede ser un deseo, pero esperamos que sea una certeza que nuestra lectura de autores como Jaques Lacan o Michel Foucault se realice desde un prisma cuyo epicentro sea la escritura misma: no como un ejercicio narcisista, sino cercano a eso que Walter Mignolo en su texto “La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales” ha llamado la “desobediencia epistémica”, entendiéndose como tal proceso el modo de prolongar una escritura antropológica desde una forma de pensamiento situado.

Hablar de replanteamiento epistemológico resulta hoy una formulación ambigua, una suerte de coartada sacral, un “significante flotante” de algo tremendamente impreciso. Sería algo así como hablar del concepto de cultura sin siquiera definir el horizonte desde el cual estamos comprendiendo lo cultural. Surge la interrogante sobre cómo hablar del problema del conocimiento desde la experimentación textual propia de las formas de retórica antropológica. Sin duda, ubicar dentro de los paradigmas clásicos de la metafísica de la consciencia, o desde la reformulación de la filosofía del lenguaje, a una forma de experimentación textual tan novedosa y, al mismo tiempo, tan imprecisa, resulta un ejercicio un tanto imprudente. Recordamos a Jorge Guzmán cuando nos dice existe algo perverso en leer a Vallejo en Lima del mismo modo en que se lee la poesía francesa en París. No obstante, de todos modos, necesitamos plantearnos la interrogante por el conocer y ello es una pregunta epistemológica que luego es técnica. Por lo tanto, es necesario desplegar un cuestionamiento sistémico respecto de la Literatura Antropológica Chilena no por el gusto oportunista por hacer una reflexión desde el texto a la teoría del conocimiento, más bien por la necesidad política de ubicar de otro modo a un escribir y a un pensar situado, difícilmente caracterizable.

Estética en el metalenguaje: exploración del sentido de los textos experimentales

La especificidad de la LACH se expresa en un conjunto de materiales textuales relacionados de manera sistémica con la historia reciente de Chile, aunque ello no sea siempre reconocido por los autores empíricos. La intertextualidad entre unos y otros da cuenta de los hitos históricos y de la existencia de lo que Marcel Proust pensó como el autor textual o literario distinto del autor biográfico.

El concepto de metalengua que queremos utilizar en este artículo no es una alternativa al de epistemología o al de estilo, consiste en un aporte de carácter operativo a nuestro entender tremendamente funcional: metalengua en tanto forma estética que da cuenta de la autoreflexión de una comunidad hermenéutica creadora y receptora de textualidades. Por los términos en que la abordaremos, deseamos hacer una distinción analítica respecto de sus usos en los ámbitos de la psicología, las ciencias de la educación y la lingüística. La lingüística cognitiva ha difundido un concepto de metalengua en Latinoamérica y en nuestro país, que la sitúa en el ámbito de los procesos cognitivos, es decir, desde una matiz marcadamente psicobiológica y también conductista. Pareciera que se intenta ir en vuelo rasante desde los procesos conductuales a la integridad de lo cognitivo. Sin embargo, en este caso no es esa construcción: entenderemos metalengua como un fenómeno de carácter pragmático –en la acepción que el pragmatismo tiene para las ciencias del lenguaje– y, concretamente, nos abocaremos al pensamiento de Walter Mignolo siguiendo su evolución. Una acepción que ha pasado de definir la metalengua como un fenómeno propio del discurso del autor a un fenómeno que guarda relación con el horizonte hermenéutico de la comprensión y, por tanto, guarda relación con las comunidades hermenéuticas que elaboran, residen y dan sentido a los textos.

Nuestra tarea es, en ese sentido, dar cuenta de manera panorámica la metalengua existente en la literatura antropológica asumida más allá de los conceptos psicologistas y de la acepción lingüística. Nuestro esfuerzo es situar la pregunta por el conocimiento en una perspectiva “émic” que convierte la metalengua en un instrumento eficiente para dar cuenta de un cúmulo de producción textual. Es por ello que nuestro trabajo en este artículo será básicamente empírico: expone un conjunto de materiales seleccionados que hablan de una eventual metalengua un tanto compleja, un tanto ambigua, pero también una metalengua que da sentido y forma a una comunidad de escritura y recepción que le da contenido y legitimidad sociológica al concepto de Literatura Antropológica Chilena.

La metalengua es siempre una forma secundaria de enunciación, de ahí que se corresponda con el orden de la especulación teórica y, particularmente, con el espacio metateórico. Además, esta reflexión se da lateralmente al interior de los textos o constituye –tanto a nivel textual como sociológico– un intento de delinear los límites disciplinarios y epistémicos. Por ello dará cuenta de las transformaciones acaecidas respecto de dichas demarcaciones. Si hemos hablado de una *metalengua en proceso* (Alvarado, “La Literatura”), ello guarda relación con el carácter de toda metalengua en tanto fenómeno vivo que permite a los artefactos textuales –literarios o no literarios– acomodarse y responder a los predicamentos de nuevos contextos de recepción y producción. La reflexión de Mignolo en su libro *Teoría del texto e interpretación de textos* –que lo ha llevado desde la teoría metalingüística hasta la especulación respecto de la colonialidad y la descolonización en los terrenos culturales y epistémicos en sus reflexiones desde 1978– desarrolla un recorrido que trasciende la exclusiva teoría

literaria hacia otra reflexión que, sin ser una sociología del texto, intenta resolver la vieja pregunta por el vínculo entre texto y contexto.

Podemos afirmar que la metalengua de la LACH responde, desde la clave de lectura de Mignolo, a una lógica colonial con ciertos niveles de propuesta contracolonia. Ello en tanto esta metalengua mantiene las macroestructuras textuales (temas) tradicionales de la antropología científica, esto es, la división entre el plano del registro de lo narrado –que lleva por nombre *etnografía*– y la reflexión teorizante y metateorizante, que debería –según la ciencia tradicional– haber surgido de la comparación intercultural, denominada comúnmente por la antropología científica tradicional como *etnología*. Tal comparación intercultural no ha sido lograda y, a decir de Claude Lévi-Strauss, parece que a excepción del *tabú del incesto* es muy difícil establecer leyes universales de la cultura, más allá de supuestos metodológicos y metateóricos que permitan generalizar y no solo explicar (esto también impide predecir). Así, la metalengua reciente de esta LACH asume su diálogo con las formas coloniales como con la especificidad del registro etnográfico y su valor autónomo en tanto trabajo teórico abstracto. Como señala Quiroz:

Resulta curiosa la sorpresa manifestada por algunos antropólogos al descubrir que Brono, al fin al cabo, era un hombre occidental pleno, que su oficio de etnógrafo lo licenciaba para pensar y sentir como lo que su esencia gritaba [...]. Me complace recordar que opiniones semejantes fueron también deslizadas por M. Gusinde, mientras desarrollaba su compleja tarea entre los selk'nam (9-10).

Y más adelante agrega: “Los diarios están constituidos por este género de datos: inscripciones momentáneas, sacadas de la cotidianidad del discurso” (10). Por lo tanto, frente al trance contemporáneo de la racionalidad científica, y también frente a la crisis disciplinaria de la antropología misma –tanto en el caso norteamericano, como en el latinoamericano y chileno– se mantienen dos formas macroestructurales (temáticas a nivel semántico) en la LACH que definen dos agrupaciones metalingüísticas perfectamente caracterizables: por una parte, la narrativa que va desde la suposición isomórfica positivista de narración objetiva y, por lo tanto, con un marcado tinte narrativista, y por otra, las formas de expresión metaforizantes o aquello que Paul Ricoeur llamó la *metáfora viva*. Lo escrito por Francisco Gallardo es un ejemplo de cómo la metalengua está inundada por el recurso metafórico y otras figuras retóricas que usualmente pertenecen al ámbito de la lírica:

El desierto y sus irregularidades se extiende como un espacio donde inscribir una palabra que finalmente se anula al violentar el tiempo [...] Representa a la muerte, sonrío los misterios y sus ojos son estrellas [...] criminales protagonistas de una violación a la “sombra del sol [...] Imagino el río como un eje que dividiría el espacio, distanciando el lugar de los vivos del de los muertos [...] ¿Y yo de donde estoy? ¿Acaso el sol se pone por la mano izquierda? ¿Existe un día en que el sol se mueva exactamente de derecha a izquierda? [...] pero a diferencia

del sol, el río ignora a la noche [...] Girando el cuerpo, subiendo por la espuma de cristal [...] Volando sobre las nubes de vapor esperando que se esconda el sol y salga nuevamente para no dejar las luces del cristal [...] Otro más arriba tiene pedazos de botellas de pisco, palmatoria, cerámica, fragmentada, pata de oveja, carbón y lítico arqueológico [...] Los cantos y la música apagan el sol e invitan a las sombras y un río de estrellas [...] El espacio se despliega como un soporte donde la gente ha inscrito materialmente la vida y el universo [...] Expresa el tiempo como espacio, como dos entidades físicas, discretas y discontinuas [...] Únicamente los rituales (quemar fuera y dentro) pueden mediar entre ambos dominios, como puentes o escaleras del fuego [...] Serenos como truchas gigantes negras, brillantes, viscosas y retorcidas [...] Esta tierra dura esconde irremediabilmente sus dueños en las grietas del cielo reflejando en el lodo volcánico impenetrable [...] en las grietas de la roca se escucha un sonido como agua [...] si eres vencido por el medio reventarás en sangre [...] cada uno de los pobladores lo abrazo cruzado, como en los funerales de difuntos [...] Reventados de sangre por el encanto (45-55).

La coherencia entre metalengua y textos es innegable, especialmente en el plano de la audacia para metaforizar sin pudor racionalista aquello que usualmente se asume como texto científico. El uso de la metáfora responde, a nivel metalingüístico, con el objetivo de contar desde un intento más objetivista hasta el más subjetivista y autobiográfico. Ello ocurre siempre recurriendo a la figura retórica de carácter literario como modo de radicalizar la *cobertura y profundidad de la descripción*. Quizás la más grande limitación de la Literatura Antropológica Chilena sea la precariedad de su metalengua de carácter metateórico, siendo ello también una limitación epistemológica, más allá de las declaraciones ontologizantes. Esto nuevamente guarda relación con las vivencias de la disciplina antropológica a nivel universal. En tanto, en el caso europeo, norteamericano y latinoamericano, es ostensible la abundancia de narraciones de la diversidad, pero también la falta de teorías de alcance medio y de teorías generales que logren constituir aquello que sería la meta última de toda antropología científica: la generación de explicaciones verosímiles y, por lo tanto, socialmente legitimadas. Explicaciones que, desde uno u otro paradigma científico, den lugar a estrategias técnicas y metodológicas que cumplan el objetivo práctico de posibilitar la comunicación intercultural. Sin embargo, ni la comunicación intercultural ni las teorías omnicomprendivas son algo remotamente alcanzado por la LACH. De hecho, se vive una suerte de *angustia disciplinaria* que va desde el dilema técnico hasta la utopía. Considerando la metalingüística, Daniel Quiroz es plenamente consciente de dicha precariedad y, frente a los instrumentos técnicos y los diarios de campo, señala: “El tema principal es el diario de campo, una construcción textual que se realiza sobre otras construcciones: las notas de campo son aquellas anotaciones sobre hechos singulares que se va escribiendo en una libreta, sin ningún orden ni cronológico ni espacial” (Quiroz

8). Como hemos señalado, no se trata solo del rescate de *códigos de especialidad*, sino de la vivencia de una tradición disciplinaria, y también de satisfacer la necesidad del delineamiento disciplinario a través de una metalengua. Se trata, entonces, de una *mutación disciplinaria* a decir de Iván Carrasco que no responde a la pregunta del porqué estamos frente a formas textuales de carácter literario, en lo que guarda relación con sus figuras retóricas, con una pragmática que se mueve subrepticamente entre la literatura y la ciencia, acomodándose así a contextos de recepción –ya sean literarios o antropológicos–, pero también manteniendo estrategias discursivas –como la metáfora, la narración autorreferente y autobiográfica–, junto con la desvinculación respecto de ella a partir de su pretensión nomológica de acumular verdades para construir leyes. Se trata, por tanto, de una antropología literaria realizada como hermenéutica de la cultura y no de una teoría científica tradicional eurocentrada. Hermenéutica sin un andamiaje epistemológico propio o al menos operativo.

Lo que puede ser entendido como una ambigüedad de carácter tipológico –hacer literatura en un contexto científico– nos lleva a la esencia de nuestra reflexión, es decir, al modo en que el texto científico se subvierte y, por medio de procesos intertextuales retóricos y pragmáticos, se transforma en literatura. De esta manera, nos queda la pregunta, ¿de qué modo un sector de la antropología científica chilena se transforma en algo que podemos interpretar como un segmento de la literatura chilena? Uno de los peligros al interpretar esta metalengua es el caer en aquello que Umberto Eco entendió como la sobreinterpretación. En nuestra opinión, todo lo que uno hace con cualquier cosa es usarla. Interpretar algo, conocerlo, penetrar en su esencia, etcétera, son solo diversos modos de describir algún proceso de ponerlo en funcionamiento. Nuestro intento en estas páginas no es realizar una hermenéutica de la literatura, sino recurrir al concepto de metalengua literaria en tanto modo para caracterizar la forma específica mediante la cual una mutación del campo científico se transforma en una novedad propiamente literaria. Continuando con la visión propia del canon científico antropológico, que distingue narración e interpretación, pensamos que la metalengua de la LACH –como ya afirmamos– puede ser subdividida en dos grandes agrupaciones: descriptiva y interpretativa.

La LACH de carácter descriptivo puede ser, a su vez, dividida en dos subsegmentos específicos: uno de carácter propiamente lírico y otro de carácter narrativo. La distinción entre ambos, guarda relación con que la vertiente lírica pone énfasis en el uso de figuras retóricas usualmente literarias, principalmente la metáfora y la comparación, mientras que la vertiente interpretativa no se restringe al espacio de la antropología experimental, sino que integra una literatura propiamente tal, cuya metalengua tiene como pretensión y esencia la elaboración de una metateoría. Es decir, más que desarrollarse teorías sobre el acaecer de los escenarios socioculturales y, por tanto, generalizaciones que intentan acumular verdad, más bien se despliega un sistema de valores original respecto de aquello que *debe ser hecho* por la antropología. Con todo, más que tratarse de lo que es, o de lo que debiera ser, se trata de reflexionar

sobre cómo abordar lo que Olivares a definido como el “miramiento antropológico” (Olivares). He aquí el embrión de una epistemología autónoma, embrión que por momentos parece muerto en el nido.

Los valores o racionalidad en esta LACH interpretativa, guardan relación más bien con las visiones, sean estas comprometidas con la realidad histórica o nihilistas. Desde allí, identificamos dos perspectivas muy claras: por una parte, una LACH como la de Andrés Recasens, Carlos Piña, Sonia Montecino, entre otros, que destacan la defensa de valores al momento de la construcción del texto literario antropológico, y por otro lado, una que, en otro agrupamiento de textos, posee una marcada opción nihilista, cuya metalengua se declara posmoderna. En otros textos (Alvarado, “Introducción”) hemos comentado que la apelación posmodernista resulta una dessincronización, en tanto la LACH existe con anterioridad a la aparición europea –aproximadamente en 1975– del concepto de *condición posmoderna*. Pero también debemos reconocer que la lectura tanto de filósofos como de antropólogos posmodernos ha conducido a la elaboración de una metalengua claramente posmodernista en sus enunciados, ya que apela al nihilismo como forma suprema de acatamiento a la mística del encuentro con la alteridad. Sin duda se trata de una metalengua contradictoria, que intenta desvincularse de los valores radicalizando metalingüísticamente el valor de la tolerancia, pero un tipo de tolerancia que está estrechamente asociada al descompromiso.

La línea interpretativa

Desde la década de los sesenta, al interior del proceso genealógico de constitución de una LACH, existen dos textos que, en nuestra opinión, son axiales tanto por su importancia en el terreno de la pragmática literaria de sus autores –es decir, como expresión metalingüística de la literatura antropológica interpretativa– como por su capacidad de sintetizar al verse frente a la necesidad o el deseo de dar sentido a un camino ya recorrido en esta escritura de frontera. Ambos textos cumplen los prerequisites señalados por Mignolo (*Elementos*): dan cuenta de la émica de las textualidades generadas, y exponen una dimensión sociocultural expresada en aquellos textos donde se reflexiona metalingüísticamente. Se trata del “Discurso de aceptación y agradecimiento del Premio Academia Chilena de la Lengua” de Sonia Montecino pronunciado en 1992, sobre la relación entre literatura y género, y el texto elaborado por Andrés Recasens para las actas del primer y un único encuentro de antropología poética celebrado en Chile, en Ancud en el año 1998. No podemos distanciar la identidad de los autores del carácter metalingüístico de sus textos: se trata de dos autores de edades distintas y de condiciones de género distintas, lo que, por cierto, condiciona el proceso de construcción de su metalengua. Se trata, además, de dos autores con cierto reconocimiento en los circuitos pragmáticos propios de la literatura, es decir, escritores que conjugan la condición de antropólogos profesionales, junto con siste-

matizar, por primera vez, un discurso que dé sentido a este segmento antropológico literario de la producción antropológica nacional, el cual, a pesar de tener un nivel creciente de propagación en nuestro país, no posee una metalengua o epistemología de base unificada, y este ensayo es un esfuerzo en ese sentido.

Para efectos de este artículo asumimos que ambos textos resultan consistentes, que trazan a nivel preliminar una metalengua para la emergente LACH y que apuntan a intereses y valores si no contrapuestos al menos diversos. Sonia Montecino, justamente el año en que se conmemoraron los 500 años del descubrimiento de América (1992), obtiene un reconocimiento por su libro *Madres y Huachos. Alegoría del mestizaje chileno*. Este libro que comenzó siendo un texto más bien de agitación en el plano de la teoría del género femenino, fue distinguido por la Academia Chilena de la Lengua como el mejor libro escrito ese año en Chile, debido a su abordaje de la pregunta sobre la identidad cultural, así como también por la pulcritud filológica de su escritura. Más allá de realizar un resumen de esta metalengua fundacional, pensamos que el epicentro metalingüístico de esta obra se encuentra en su permanente referencia al concepto de *cruce*. Un *cruce* que aparece en un sentido polisémico y que da cuenta de dos dimensiones metalingüísticas esenciales. En primer lugar, su texto premonitorio del futuro de la LACH revela la necesidad de buscar caminos nuevos, una experimentación literaria acorde con el cruce étnico cultural cuyo resultado es el mestizaje. Es decir, su LACH es una literatura de cruce entre grupos étnico-culturales que en el mestizaje se amalgaman. Pero este proceso no invalida la reformulación de pautas culturales arcaicas o vernáculas: agregaríamos nosotros que Montecino abre un espacio metalingüístico particularmente interesante al no confundir sincretismo con mestizaje, y tampoco al cruce de elementos con la fusión de estos. En el plano del género sexual y la literatura, Montecino nos señala:

Si la cultura construye las diferencias entre los géneros, éstos a su vez tejen y retejen con sus sentidos el *ethos* y las producciones de signos. En el caso que hemos tocado se trata del género femenino entrelazado con la literatura y la antropología: lo femenino materno como productor de un habla que luego se hace escritura; después, el gesto de la antropología con el surgimiento del testimonio como producto “degenerado”. Así, géneros literarios y géneros sexuales se rozan, se imbrican, se alimentan (Montecino, *Palabra dicha* 4).

La LACH de Sonia Montecino busca, justamente, describir no solo la mezcla, sino particularmente los recodos y resquicios de un crisol siempre incompleto que debe ser valorado en la reformulación de sus especificidades, las cuales solo pueden ser narradas, para ella, desde las formas retóricas propias de la literatura.

En segundo lugar, aparece el cruce de géneros textuales donde por primera vez una LACH posee un atisbo de metalengua que asume como necesario el plano expresivo este encuentro entre la escritura científica y la escritura literaria. Desde el concepto de *cruce*, Montecino –sin ningún remilgo– asume la responsabilidad y la necesidad de

una Literatura Antropológica Chilena: “En ese sentido es la voz de una sujeta única; pero simultáneamente es la expresión de una pluralidad: la de mi parentela femenina (todas mis madres)” (Montecino, *Palabra dicha* 178).

Por su parte, el texto de Andrés Recasens “¿Antropología poética, o poesía antropológica?” nos lleva a otro plano metalingüístico, en este caso, estrechamente unido al tema tipológico de los géneros textuales. Por capciosa que parezca la pregunta implícita en el título, es allí donde estriba el potencial metalingüístico de este texto, el cual, a su vez, está siendo leído frente a una concurrencia que enarbola, señalaríamos nosotros, irreflexivamente, el concepto de antropología poética. Sin embargo, el mismo concepto de poesía es cuestionado por Recasens en tanto se atiene a las normas de la filología occidental, la cual entiende a la poesía como un género textual autónomo, diferenciándola de la antropología. El llamado de Recasens es a no confundir el uso de estrategias retóricas y formas estilísticas –con mayor o menor nivel de metaforización– con el concepto occidental de poesía.

En estudios anteriores (Carrasco y Alvarado, “Literatura Antropológica”), se ha asumido que el concepto mismo de poesía presente en la LACH y se ve más bien como parte de una estrategia metodológica, a lo más como un cuestionamiento epistemológico, pero no como la pragmática propia de un concepto literario de poesía. En suma, este texto fundamental de Recasens no da soluciones explícitas, más bien pone el dedo en la llaga de un plano fundamental de la LACH en general, y no solo de la antropología poética. Esto implica la necesidad de generar una metalengua que le de consistencia a un conjunto de textos que en la década de los noventa no revestían aun algún género de literatura, sino más bien una forma de experimentación textual antropológica tremendamente heterogénea y, por sobre todo, inmensamente difusa. No se trata solamente de plantear la inexistencia del canon antropológico literario –o de lo específicamente antropológico-poético–, sino más bien de hacer un llamado a la reflexión metalingüística en tanto forma de construir sentido respecto de una suma de textos como los presentados en el mismo congreso en que esta ponencia fue leída. Incluso aún cuando no poseen una articulación intra o extra textual, y donde las metáforas, por bellas que estas sean, todavía no permiten que sean definidas como literatura, a pesar de que ya se encuentra fuera de las formas textuales propias de la racionalidad científica.

En estos textos hemos podido comprobar que la metalengua literaria se hace presente en las dos expresiones apuntadas por Mignolo: existe una metalengua interna, como también una metalengua externa, es decir, existen manifestaciones metalingüísticas que se posicionan al interior de los textos mismos, mientras que también hay reflexiones que son propiamente metalingüísticas externas a cualquier texto puntual. Pero, además, las macroestructuras fundamentales (temas) de la antropología contemporánea (Alvarado, “Introducción”) –esto es, el nivel descriptivo y el nivel teórico– se encuentran plenamente expresadas en estos textos, sin duda esta taxonomización no tiene un carácter solo preliminar sino que intenta sistematizar

dimensiones de los textos, siendo prácticamente imposible ubicar algún texto en un género de metalengua específica con exclusividad.

Un caso excepcional lo constituye el libro *De la tierra sin fuego* de Juan Pablo Riveros, poeta y economista, quien es un no antropólogo, que llega a la poesía para desde allí pasar a un género de construcción textual en sintonía con la Literatura Antropológica:

Este trabajo poético tuvo el mérito, al menos, de estimular la conciencia pública del país respecto de la tragedia de los primeros habitantes de nuestras tierras del sur. Se supo otra vez que los selknam y los yámanas y los qawashqar existieron y que fueron diezmados. Se supo del trabajo de Gusinde. Apenas se sospechan las razones de su partida silenciosa de Chile luego de sus denuncias y de su última expedición en 1924. Le perdimos el rastro a tan magnífico ser humano, por cierto, el más notable científico y humanista que pasó por el país en las primeras décadas del siglo xx: hombres de ese talento nos visitan algo así como una vez cada cien años (Riveros 8).

Reconociendo estas esferas metalingüísticas, podemos realizar una breve tipologización de su metalengua, haciendo, por supuesto, la salvedad de que tampoco podemos reconocer que estos subtipos textuales posean una metalengua única con carácter metadiscursivo. De ese modo, asumimos que se presentan metalenguas con caracteres diversos en cada texto que nos fue posible analizar. En el plano descriptivo debemos hacer una separación entre una LACH *narrativista* –mientras que existe otra con una marcada tendencia *lírica*– y otra con una tendencia más *autobiográfica*. Como ya hemos planteado (Carrasco y Alvarado, “Literatura Antropológica”), el carácter *autobiográfico* resulta un elemento permanente en la mayoría de los textos de la LACH, no obstante, el solo hecho de dar cuenta de la experiencia vital en el plano científico y emocional parece ser razón suficiente para elaborar una escritura *sui generis*. En ese sentido, Clemente Riedemann nos plantea:

1979: de vuelta a clases. Recién pude volver a la universidad en 1979. Decidí que debía estudiar antropología para avanzar en mi proyecto de escritura de Karra Maw`n. Sabía que el tema de incorporar la dimensión indígena excedía mis capacidades, y que tenía la obligación de incorporar nueva información y métodos de trabajo formales. Allí conocí a Nelson Schwenke y a Marcelo Nilo (cit. en Montecino, *Revisitando Chile: identidades* 438).

¿Poesía, autobiografía, autorreferencia compulsiva?

El marcado matiz autobiográfico se ve intensificado por una búsqueda de carácter exotista que intenta superar el cientificismo de la antropología tradicional con una fuerte crítica a su carácter cartesiano y objetivista. Quizás esta sea la característica esencial

que define a un subgrupo de elaboraciones meta textuales presentes al interior de los textos que asumen la identidad propia, así como también la identidad de los sujetos y comunidades estudiadas desde un marcado lirismo. Dicho lirismo no puede ser confundido exclusivamente con la antropología poética –según la denominación de Juan Carlos Olivares–, ni tampoco responde únicamente a una poesía antropológica, sino que se trata de un modo de acceder a la alteridad donde la metáfora ronda para luego ubicarse plenamente en el texto. Posiblemente el ejemplo más claro de esta LACH de metalengua lírica sean los textos de Juan Carlos Olivares: “Ahora, los antropólogos no desean soledades. En la obscuridad de la noche temporal, ella pareciera querer perpetuar su presencia amada, extraña al hombre. Con furia, atormentado, el hombre aprende a odiarla, la obliga al destierro” (cit. en Quiroz 100).

Este lirismo autobiográfico y, por lo tanto, autorreferente, está siempre marcado por un intento que caracterizaremos como narrativista. La necesidad de narrar guarda relación con la tradición metateórica de la antropología, en tanto la descripción fue un eje desde el surgimiento de esta disciplina a mediados del siglo pasado. No obstante, la forma que adquiere la narración posee una metalengua que responde a esta premisa científica, al mismo tiempo que la cuestiona para construir un relato que, en lo fundamental, sea fidedigno, pero no necesariamente verosímil ni isomórfico. Este relato tiene como epicentro el encuentro intercultural y también sus limitaciones. Es así como Andrés Recasens en su libro *Pueblos de Mar* señala:

Creo que este es un libro de viaje, un hermoso y sentido relato de vistas a un prójimo cercano, a quienes viven a unos cuantos kilómetros de nosotros: desconocidos que el texto sistematiza y los toma desde la perspectiva EMIC para entregarles una forma compleja y amigable de lectura ETIC, en que se podrán reconocer de la misma forma en que nosotros los podemos conocer (13).

Y más adelante agrega:

La conversación en terreno es un desplegarse ante el Otro y, ante todo, uno mismo. Ambos lo hacemos. A veces nos vemos hablándonos al mismo tiempo, como si no nos escucháramos, pues estamos esperando impacientemente que el Otro termine y así irrumpir con lo que ya se tiene en la punta de la lengua (56-7).

Sin duda, este lirismo responde a una radicalización de la necesidad expresiva de la propia antropología que se ve en la necesidad de generar una Literatura Antropológica. Un ejemplo de ello es la obra de Francisco Gallardo, quien en un mismo texto pasa bruscamente desde la construcción metalingüística a la creación poética propiamente tal: “V. Los senderos quedaron en el recuerdo/ De la tierra /Como huellas soles y estrellas/ Peces y lágrimas de sal” (Gallardo 64).

Por último, en el plano de la metalengua esencialmente descriptiva, existe un marcado énfasis en el exotismo, en la alteridad como diferencia radical. Este estilo marcó el inicio de la antropología chilena y seguirá marcando su actual devenir. Es

así como Carlos Munizaga en el Primer Congreso Chileno de Antropología intenta explicar esta búsqueda vertiginosa de la diversidad:

¿No será que esta gente fue marcada, desde temprano, por esta suerte de vertiginoso ambiente de fantasía, de arte, emoción, imaginación, pasión, que los mantiene con una mente infantil, juvenil, hasta sus últimos años, en las etapas más culminantes de su carrera? (Munizaga 5).

La ya citada Sonia Montecino, discípula de Carlos Munizaga, hace suyo este vertiginoso ambiente de fantasía, imaginación y pasión. Por lo tanto, se apropia de la identificación con el otro, lo que en este caso toma por instantes el carácter de una metamorfosis: “No podía negarme a la transfiguración, a ese cambio de ropajes para ser otra sin serlo realmente, no podía rehusar esa nueva pero vieja identidad que Carmela Romero me ofrecía” (*Sueño con menguante* 45).

En el plano de la propia metalengua vemos aparecer a la literatura en su sentido tradicional, es decir, en tanto modelo a seguir que es metalingüísticamente asumido como una manera de apoderarse del exotismo. De ese modo, lo cotidiano se transforma en exótico cuando la literatura atraviesa la antropología y produce al texto literario antropológico:

Cuando vuelvan los ferrocarriles a recorrer, atravesando como celajes el territorio donde estuvo la frontera, la locomotora azul del Expreso Nocturno, se llamará la Jorge Teillier. [...] viaje, búsqueda de lo oculto, encuentro, diálogo, retorno, escritura, son los materiales permanentes con que trabaja la etnografía (Olivares 9).

Deseo explicativo: no solo poetización, no solo exotización

En segundo plano, y consecuente con la metateoría propia de la antropología científica, vemos como la LACH toma un carácter marcadamente explicativo intentando establecer relaciones causa-efecto, pero asumiendo aquello que Bachelard señalaba con respecto a que no se trabaja en el laboratorio sino en el bosque. Por lo tanto, quizás la construcción metalingüística más bella de esta Literatura Antropológica sea la elaborada por Pedro Mege –ya mencionada al principio de este artículo–, quien al referirse a Louis Faron habla de la superación del “espejismo de la pulcritud” (Mege 133) y, con ello, desarraiga en alguna medida a la LACH de aquello que pudiera revestir un carácter eurocéntrico y, por lo tanto, colonial. De esta manera, la metalengua descriptiva tiene una dimensión fundamental en aquello que podríamos definir como una explicación metateórica que posee un carácter metalingüístico, porque apela a la superación de las formas textuales de la antropología tradicional desde su dimensión epistémica hasta su nivel propiamente literario:

La higiene para que se instaure, necesita paralizar al tiempo, porque la suciedad se introduce por la simple acción del tiempo [...]. Teoría más largamente destilada,

desde el viejo Herbert Espencer, al menos. Purificada por la antropología con paciencia de antiguo artesano, para transformarla en un líquido exquisito para los etnólogos de la pulcritud analítica metodológica (Mege 130).

Todo ello en un ambiente que destile un respeto al otro, también fundamento metalingüístico:

He buscado crear ambientes propicios, ocasiones para conversar con los pescadores artesanales sobre su relación con él, y la que existe entre ellos y sus familias, para escuchar lo que me cuentan sobre sus vidas y sus proyectos; en fin, sobre variados aspectos que me han servido para construir relatos y otras formas de dar algunas pinceladas que me configuren sus modos de vida (Re-casens, *Pueblos de Mar* 24).

Esta dimensión metateórica se entrecruza con el nivel narrativo para generar un texto que, tomando además los elementos líricos del nivel descriptivo, define las licencias para narraciones cuyo carácter pragmático inicial fue esencialmente literario, pero que hoy ubicamos en el horizonte de la LACH. En su novela *La Revuelta*, Sonia Montecino, genera un texto que ha sido estudiado desde la literatura con bastante buena recepción crítica. Hoy podemos releerlo como un texto cuya metalengua, implícita e interior al texto mismo, da cuenta de que la superación del *espejismo de la pulcritud* como metáfora de crítica al sueño racionalista de la antropología a la que apelaba Pedro Mege, y que a nivel de la metalengua de Montecino reviste el carácter de cruce marcadamente lingüístico:

El Kau Kau, ayudado por el Menoko acarrea del pelo el cuerpo a un resonante del emperador. Lo ubicaron en medio del lugar que habían designado los huachos con una rama de araucaria. El Kau Kau tocó cuatro veces su cuerno de carnero. Al primer llamado acudió la María Cariqueo ataviada con su traje de machi; al segundo, Noemí salió de la ruca de pontros. Luego maura y Amelia se apresuraron en correr desde el alero. Amelia descendió presa de la excitación, por fin estaría con sus hermanos invisibles, los guachos de los bosques (89).

También en esta novela existe una clara metalengua que apela al lenguaje que desde la especificidad étnica pasa a la especificidad del género: “La Lucinda dijo en su español resentido lo que su propia abuela le había sentenciado: castigo de la luna, y se da cuenta de que su recuerdo es saliva seca porque ha pasado mucho tiempo y su memoria no le devuelve los detalles” (*Sueño con menguante* 13). Así, la metalengua se concentra en el género, transitando más allá de esa misma problemática:

En la memoria y en la tradición de las mujeres que desde el norte al sur de Chile fabrican alfarería, bulle un continente plagado de sentidos. Invitamos a quien lee estas páginas, a entrar en ese mundo-vasija, concavidad, cuerpo

de tierra, letra femenina y de arcilla que también nos contiene (Montecino, *Sueño con menguante* 14).

Y también señala:

En ese tiempo algunas de mis amigas habían dejado sus casas y vivían en poblaciones, hacían el amor con muchachos pobres, con obreros y dirigentes vecinales, deseando experimentar en su propio cuerpo la desaparición de las desigualdades, acarreaban en balde el agua de los grifos hasta las mejoras (7).

Luego, también vemos una variedad de narración que involucra la aceptación de personajes de transgénero, que son, a la vez, una metáfora del cruce étnico y una metáfora del cruce entre los géneros discursivos que deambulan por la etnografía y la novela experimental, existiendo una apelación metalingüística que inducen al lector a una recepción tolerante y compleja de la diversidad dentro de la pluralidad:

El emperador me entrega el disfraz con que dejaré de ser Noemí Sandoval; que revivirá a Bibí, la invencible. Sostengo el pantaloncito Nylon, besa mi pantorrilla, se acomoda en mi trasero. La camiseta lila, repujada como las que usan las del Negro José. Incomparable en su acogida a mis pechos que desean ser prisioneros de esa lila para siempre. La zapatilla de su 36 perfecto (*Sueño con menguante* 56).

Además, existe una dimensión metalingüística de carácter ensayístico que tiene su expresión en una variedad de construcciones propia de las reivindicaciones del género femenino, pero que también poseen un carácter reflexivo de una marcada connotación posmoderna. Uno de los principales ensayistas de orientación posmodernista que orientan a la LACH hacia una metalengua –y que en nuestra opinión más que posmoderno, reviste una apelación existencialista al estilo del pensamiento sartreano–, es Francisco Gallardo. En un exótico libro denominado *Arqueología y poesía* inicia su reflexión desarrollando una metalengua marcadamente existencial al mejor estilo de Albert Camus: “Desde la caída y la mirada hacia la cumbre aflora una ironía: Sísifo castigado por la eternidad es otro; es Sísifo-piedra en medio de un castigo previsto para su soledad, pero la soledad barrocammente concurrida que este alcanza es un acto heroico” (Gallardo 7). Es en este texto donde la LACH desarrolla una metalengua de carácter más profundamente ensayístico sin comprometerse con ideologías políticas ni de género, uniendo a la angustia existencial la propia angustia antropológica, dándole así cierto fundamento metalingüístico:

Los narradores de otredades -reconozcámoslo- tenemos también nuestras condenas y hemos ayudado a construir los anillos de la esterilidad desafectado- en virtud de la claridad y la distinción cartesiana- como la piedra de Sísifo y a Sísifo en su esclavitud, observando las diversidades con las distancias precautorias para justificarnos [...] La fractura de la existencia propiciada por el destierro de la irracionalidad o por la omisión de la misma, convertida en ausencia, es uno de

los recortes de realidad que la escritura etnográfica no ha podido posicionar para mostrar al otro y al sí mismo en busca de plenitud (Gallardo 8-9).

Y más adelante agrega: “Ninguna ciencia que se considere madura a sí misma, puede pretender renunciar a la poesía que emerge hacia la superficie en los lindes de su práctica” (Gallardo 18). De ese modo, la esperanza propia de este sistema semiótico secundario siempre se desarrolla a nivel interpretativo, en vistas a una esperanza pragmática. Así la LACH más que responder a una matriz científica o epistemológica, responde metalingüísticamente al deseo de comunicarse. La teoría social es tan solo un antecedente. Recasens señala, por un lado: “creo que yo tengo más suerte al contar con un mar más amplio que aquel en que pensaba Castoriadis. Tan amplio como el mundo. Y donde esté escrito puede navegar con más rapidez que el vehículo más veloz que se haya inventado a la fecha” (*Pueblos de Mar* 238). Y, por otro lado, dice: “Me refiero a esa compulsión inevitable por nombrar aquellos acontecimientos materiales que experimentamos con una palabra que los contenga” (17).

El reconocimiento exploratorio de una metalengua, como en este caso, deslinda un canon discursivo posibilitando su ubicación tipológica y su caracterización social. De esta manera, traza los bordes de una disciplina científica a nivel textual y también a nivel sociológico, asociando este reconocimiento con la identificación de la genealogía –como itinerario epistémico– que va sucediéndose al originar la metalengua.

Este trabajo ha cumplido con desplegar los esbozos de un análisis que da cuenta de un intento caracterizador, pero que, de todos modos, nos puede llevar a la imprecisión. Podemos afirmar que la metalengua de la LACH aún deambula entre lo científico y lo literario, en tanto responde a macroestructuras semánticas vinculadas a la descripción y a las explicaciones propias de la racionalidad científica. Pero, al mismo tiempo, sus formas metalingüísticas más particulares adoptan figuras como: el lirismo, la metaforización, el exotismo y la autorreferencia autobiográfica. Todas estas figuras perfectamente caben dentro de un canon de carácter literario y su metalengua asociada, mientras que su metalengua externa aún no vislumbra límites, sino más bien cruces y formas de poesía que no son estrictamente poesía y antropología, que no son científicamente antropología. Sin embargo, podemos hablar con claridad de un despegue respecto del canon antropológico: aunque se trate de un antropología que metalingüísticamente se asuma como hermenéutica, postmoderna o ideográfica, operan criterios –como la verosimilitud, la generalización y el establecimiento–, desde un *ceteris paribu*, de relaciones causa-efecto, que ya no permiten hablar de una antropología científica que experimenta, más bien se trata, como plantea Juan Carlos Olivares, de un “Umbral Roto”; y dicho “umbral”, a nuestro entender, es, metalingüísticamente, el de la racionalidad científica. Sin duda, esta ya no es la antropología pensada en el siglo XIX, pero conlleva lo que Pedro Mege ha asumido metalingüísticamente como la *superación del espejismo de la pulcritud*, un adelanto respecto de la *higiene del objetivismo cientificista*. Se trata de una forma de

antropología no estrictamente científica, pero tampoco podemos hablar de una “nueva antropología”, ya que sostenemos que la LACH tiene sus antecedentes genealógicos y metalingüísticos en autores como Michel Leiris, George Bataille, Alfred Metraux, y su continuidad en Claude Lévi-Strauss y Marc Auge. Su conexión con las antropologías contemporáneas no le da un sentido totalizante a su metalengua, sino más bien un impulso a la innovación, incluso que metalingüísticamente asume el vacío provocado por la crisis de la racionalidad científica, pero que, casi sin proponérselo, genera un género de literatura que muy probablemente transforme el concepto de literatura que en Chile se produce.

Conclusiones

La continuidad respecto de las macroestructuras semánticas de la ciencia antropológica –o temas primordiales– guarda relación con un fenómeno que Bourdieu definió como el *oficio*, una manera de especificar el conjunto de procesos socializadores formales e informales como también de prácticas ligadas a la actividad antropológica. Hemos ya planteado que la Literatura Antropológica tiene dos detonantes: un deseo de alteridad propio de la cultura contemporánea homogeneizante, y un proceso propio del oficio y la disciplina antropológica, es decir, la conciencia de una carencia expresiva. Ello supera una impresión subjetiva que descubre límites en la formación antropológica, como también en el descubrimiento continuo de las limitaciones en el expresar esa alteridad. En el oficio narrativo se alcanzan distintos niveles de prolijidad y de textualidad creativa. Pero es la ruptura del oficio antropológico –al constatar sus incapacidades expresivas– lo que permite una apertura a la literatura. En el caso de la antropología europea –de Lévi Strauss hasta Marc Auge– el canon antropológico se mantiene intacto, y el recurso literario estilístico se vuelve algo que no responde a una metalengua literaria. En el caso norteamericano, la búsqueda se realiza a nivel fundamentalmente metateórico. Ello consolida lo ya planteado por Geertz en el *Antropólogo como autor*, pero dicho esfuerzo es eminentemente teórico y, por tanto, metalingüístico, asumido desde los cánones de la antropología.

En la LACH vemos cómo la utilización de figuras retóricas y estrategias narrativas de corte literario responden a un deseo expresivo que va más allá de la experimentación artística o científica. Más bien responde a un deseo de alteridad mucho más amplio que se manifiesta en un interés particular por las diversas manifestaciones de la diversidad cultural por parte de las narraciones de las ciencias y las literaturas en occidente. Sin embargo, este deseo de dar cuenta de la alteridad hizo visible la necesidad de contar con nuevas formas de expresión, ya que las formas de escritura y de narración propias de occidente se demostraron limitadas para dar cuenta de toda la magnitud psicológica y sociocultural del fenómeno del encuentro entre sujetos diversos. Toda narración de la diversidad cultural ha sido comprendida como la narración de

un encuentro. El descubrimiento de que para narrar hay “otro” y por tanto se debe ir al encuentro de él, ha hecho tomar conciencia a la literatura y a las ciencias humanas de su carácter performativo. Tal carácter performativo involucra la adopción de una mirada culturalmente situada por parte del antropólogo o del escritor, y también una alteración del sistema cultural observado.

Narrar esta performance significa un desafío textual tanto desde principios del siglo xx como en la actualidad. Este desafío no es otro que el del encuentro entre el imaginario cultural del actor con el del observador, junto al aparataje simbólico respecto del cual la ciencia antropológica se demostró pobremente provista, y por ello la literatura en sus funciones designativa y expresiva fue sistemáticamente expandiendo su campo de influencia hasta comenzar a generar en Chile un canon literario antropológico. El reconocimiento de este itinerario es, ante todo, el reconocimiento del esfuerzo por la construcción de lo real.

La justificación de la existencia de una LACH asumida como literatura debe superar a aquello que Geertz ha definido como la *refiguración* del pensamiento social, haciendo alusión a una manifestación de la mimesis planteada por Ricoeur. Esta *refiguración*, según lo hasta hoy estudiado en la LACH, posee una metalengua que todavía no se encuentra unificada ya que aún vive un proceso de conformación. Por lo pronto, podemos identificar dos principios metalingüísticos claros: el primero, apunta a un enunciado metalingüístico que recalca a nivel teórico la incapacidad de la ciencia social y de la antropología en particular para dar cuenta de la diversidad, y así posibilitar la comunicación intercultural. El segundo, refiere a un principio metalingüístico evidente desde el cual se sostiene esta metalengua: la posibilidad implícita de producir un género original de literatura que, desde el campo literario, establezca un lazo con la antropología científica, para dar paso así a la conformación de una “literatura de frontera” que no sea exclusivamente un subproducto de la experimentación textual de la ciencia, sino un ámbito de delineamiento del propio espacio científico que reconoce sus límites expresivos y que apoya la generación de hipótesis de trabajo y de programas de investigación. Ello desde una LACH que no es antagonica a la ciencia, sino que le es complementaria.

Resulta interesante constatar el modo en que la reflexión metateórica, propia de la antropología, en contextos geográficos y socioculturales muy disímiles, llega a una reflexión de corte epistemológico –aunque primario e implícito– desde lo metateórico. Ello debido a que con su trasfiguración desde la hermenéutica de la literatura de sesgo marcadamente aristotélico hacia las metalenguas antropológicas –norteamericana, europea y latinoamericana–, se convierte en una categoría cooperativa que permite dar cuenta del modo en que hoy se estructura el discurso antropológico de manera coincidente y creciente. Pero justamente esta reflexión que nace en el contexto de la comunidad europea surrealista y de la antropología norteamericana de orientación más posestructuralista, tiene un paralelo –nunca una copia– con la red de reflexiones metalingüísticas de la Literatura Antropológica Chilena. Ello da lugar a una reflexión

que supera el nivel semántico para llegar a un plano hermenéutico, y de allí a un nivel de corte epistémico. La literatura antropológica no puede significar solo un empalme tipológico-textual, en el sentido de invitación al cruce textual. Es algo más que eso, es un signo de una rearticulación del pensamiento social y, en el caso de las formas textuales latinoamericanas, el cual ha debido estructurar una metalengua que, desde la región, lo textual otorgue sentido a nivel de la teoría del conocimiento respecto de un cruce entre lo literario y científico. La tarea está planteada, una metalengua en proceso es aún un hito endeble y una reflexión coherente se vuelve una necesidad escritural para hablar ya desde otra científicidad sudamericana y de borde.

Referencias

- Alvarado Borgoño, Miguel. "La Literatura Antropológica chilena: decantamiento de una metalengua desde lo fantástico". *Actas Coloquio Internacional*. Oct. 28, 29, 30, Lima, Perú. Universidad de San Marcos. *Actas El Orden de lo Fantástico: Territorios Sin Fronteras*. Lima-Perú. 2011. Impreso.
- . "Introducción a la antropología poética chilena". *Estudios Filológicos* 42 (2002): 169-183. Impreso.
- . Iván Carrasco. "Literatura Antropológica chilena: fundamentos". *Estudios Filológicos* 46 (2010): 24-50. Impreso.
- Bachelard, Gastón. *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI, 1987. Impreso.
- Bourdieu, Pierre. *El oficio de sociólogo*. México DF: Siglo XXI, 1998. Impreso.
- Carrasco, Iván. "La antropología poética como mutación disciplinaria". *Estudios Filológicos* 38 (2003): 7-17. Impreso.
- Eco, Umberto. *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Editorial Lumen, 1992. Impreso.
- Gallardo, Francisco. *Arqueología y poesía*. S/E. Santiago, 1997. Impreso.
- Geertz, Clifford. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós, 1989. Impreso.
- Guzmán, Jorge. *Contra el secreto profesional*. Santiago de Chile: Universitaria, 1991. Impreso.
- Malinowski, Bronislaw. "Confesiones de ignorancia y fracaso". Llobera, José, ed. *La antropología como ciencia*. Anagrama, Barcelona, 1975. 78-96. Impreso.
- Mege, Pedro. "Luis Faron en el espejismo de la pulcritud. Hawks of the sun, resisited". *LIWEN. Anuario del Centro de Estudios y Documentación Mapuche* 4 (1997): 129-142. Impreso.
- Mignolo, Walter. *Teoría del texto e interpretación de textos*. México DF: Ediciones Universidad Autónoma de México, 1986. Impreso.
- . *Elementos para una teoría del texto literario*. Barcelona: Crítica, 1978. Impreso.
- . "La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales". *Revista Chilena de Literatura* 47 (1995): 91-114. Impreso.

- . *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1995. Impreso.
- Montecino, Sonia. *Sueño con menguante*. Santiago: Sudamericana, 1998. Impreso.
- . *La Revuelta*. Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1988. Impreso.
- . *Palabra dicha. Escritos sobre género, identidades, mestizajes*. Santiago de Chile: Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile, 1997. Impreso.
- . "Voces de la tierra, modelando el barro. Mitos, sueños y celos de la alfarería". *Excerpta* 8. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 1997. Impreso.
- Munizaga, Carlos. "Discurso pronunciado con motivo de su designación como Miembro honorario de la Sociedad Chilena de Arqueología". *Revista Chilena de Humanidades* 1 (1982): 77-86. Impreso.
- Olivares, Juan Carlos. "On the Border La etnografía lárca de Jorge Teillier". *Revista Soñando el Sur* 1 (1999): 2-8. Impreso.
- Proust, Marcel, "Journées de lecture". *Contre Sainte-Beuve précédé de Pastiches et Melanges et suivi de Essais et articles*. Pierre Clarac e Yves Sandre, eds. París: Pléiade, 1971. Impreso.
- Quiroz, Daniel, ed. *Etnografías Mínimas*. Santiago de Chile: Editorial Andros, 2007. Impreso.
- Recasens Salvo, Andrés. *Pueblos de Mar. Relatos etnográficos*. Santiago de Chile: Bravo y Allende, 2003. Impreso.
- . "Antropología poética o poesía antropológica". *Actas Encuentro de Antropología Poética*, Borradores de Actas, 1998. Impreso.
- Ricoeur, Paul. *La Metáfora Viva*. Madrid: Cristiandad, 1980. Impreso.
- Riedemann, Clemente. "De cómo me quedé en el Sur o mi prima Carmen tenía razón". Sonia Montecino, comp. *Revisitando Chile: identidades, mitos e historias*. Santiago: Publicaciones del Bicentenario, 2003. Impreso.
- Riveros, Juan Pablo. *De la tierra sin fuegos*. Concepción: Cosmigonon, 2001. Impreso.

Recibido: 7 de junio 2016
Aceptado: 20 de marzo 2017